Panorama del cuento literario navarro en el siglo XIX

CARLOS MATA INDURÁIN

Al Dr. D. Fernando González Ollé

1. INTRODUCCIÓN

El cuento, como subgénero literario[1] independiente, nace y se desarrolla en el siglo XIX, tanto en España como en otros países. En efecto, aunque rastreando entre los relatos cortos en prosa de siglos anteriores sea posible señalar algunos antecedentes de este subgénero –con determinadas características coincidentes con las que hoy lo identifican–, no será hasta la pasada centuria cuando el cuento literario fije sus peculiaridades propias. Ya en la época realista irá deslindándose de otros subgéneros narrativos limítrofes como el artículo de costumbres o la leyenda, con los que guardaba en su origen ciertas similitudes. Sabido es que durante el período romántico existió una gran confusión terminológica respecto a los subgéneros narrativos: así, por citar un solo ejemplo, recordaré que la extensa novela de José García de Villalta *El golpe en vago* (1835) se subtitulaba *Cuento de la decimaoctava centuria.*

En rápido recordatorio, podríamos señalar que en España el cuento comienza a cobrar importancia con los relatos de *Fermín Caballero,* desarrolla muchas de sus posibilidades artísticas con las piezas de Pedro Antonio de Alarcón y alcanza altísimas cotas de perfección y calidad literaria merced a la pluma de Emilia Pardo Bazán y Leopoldo Alas, *Clarín.* Desde entonces, su

1. Como especifico en el título, me refiero en este trabajo al cuento literario (queda excluido, por tanto, el cuento folklórico o popular, de tradición oral y raíces antiquísimas). Ha de entenderse también que mi estudio trata de la producción literaria en castellano, escapando la producción en vascuence a mis intenciones y posibilidades.

existencia literaria independiente queda asegurada, y el cuento literario será cultivado con asiduidad por los mejores escritores del siglo XX, desde los noventayochistas (Baroja, *Azorín,* Unamuno…) hasta los autores de nuestros días (José M.ª Merino, Luis Mateo Díez…), pasando por nombres tan señeros como los de Cela o Aldecoa. Por otra parte, merece la pena recordar que, pese a ese auge creacional, hasta fechas muy recientes –los últimos veinte años, aproximadamente– el cuento no ha merecido por parte de la crítica toda la atención que siempre se ha dedicado a otros subgéneros literarios, y en particular a la novela. Y es que la menor extensión del cuento se ha identificado a veces, equivocadamente, como sinónimo de menor calidad o menor importancia literarias[2].

En el caso de Navarra, también va a ser el siglo XIX el momento en que aparezcan algunos escritores que cultiven con mayor o menor dedicación, y con mejor o peor fortuna, el cuento literario. No son muchos los nombres importantes que vamos a encontrar, ni toparemos con ningún autor que haya destacado particularmente como cuentista. No obstante, en este panorama se recogerá hasta una veintena de nombres de autores navarros que, siquiera circunstancialmente, se acercaron durante el siglo pasado a este subgénero del cuento literario. Como antecedentes en siglos anteriores podrían señalarse algunos de los relatos contenidos en la *Silva curiosa* de Íñiguez de Medrano o en *Los peligros de Madrid* de Baptista Remiro de Navarra[3]; y, sobre todo, los que se incluyen en la narración-marco de las *Noches de invierno,* de Antonio de Eslava[4]. En cambio, desestimo los recogidos en el *Heptamerón* de Margarita de Navarra, por considerar que se trata de una obra perteneciente a otra literatura. En cuanto al siglo XX, cultivarán el cuento escritores navarros como Eladio Esparza, Rafael García Serrano, Pablo Antoñana, José M.ª Sanjuán, Carmela Saint-Martin, Miguel Sánchez-Ostiz, José Javier Alfaro, Ramón Irigoyen o Emilio Echavarren, entre otros.

En este panorama del cuento navarro en el siglo XIX trato de incluir todos aquellos escritores navarros que, de una forma u otra, se acercaron al cuento, con independencia de la cantidad o la calidad que esos escritos supongan en el conjunto de su producción. Por «escritores navarros» entiendo tanto los naturales de Navarra como aquellos que, aun habiendo nacido circunstancialmente fuera de aquí, hayan guardado con Navarra, por razones biográficas o por las características de su obra, una relación especial que permita considerarlos navarros. Un caso claro puede ser el de Francisca Sarasate Navascués, nacida en La Coruña, pero plenamente enraizada en Navarra por

2. Para las cuestiones terminológicas, la delimitación del género y su historia en la literatura española del XIX resultan imprescindibles los trabajos ya clásicos de Mariano BAQUERO GOYANES: *El cuento español en el siglo XIX,* Madrid, CSIC, 1949; *Qué es la novela. Qué es el cuento,* Murcia, Universidad (Cátedra Manuel Baquero Goyanes), 1988; *El cuento español: del Romanticismo al Realismo,* ed. revisada por Ana L. Baquero Escudero, Madrid, CSIC, 1992. También me han resultado útiles los de Enrique ANDERSON IMBERT, *Teoría y técnica del cuento,* Barcelona, Ariel, 1992; y María Teresa ARREGUI ZAMORANO, *Estructuras y técnicas narrativas en el cuento literario de la generación del 98: Unamuno, Azorín y Baroja,* Pamplona, EUNSA, 1996.

3. Hay edición moderna de su obra, Madrid, José Esteban Editor, 1987, Colección «Clásicos El Árbol», nº 10 y otra más reciente, Madrid, Castalia, 1996.

4. Cfr. Julia BARELLA VIGAL, «Las *Noches de Invierno* de Antonio de Eslava: entre el folklore y la tradición erudita», *Príncipe de Viana,* 175, 1985, pp. 513-65, y su edición de la obra, Pamplona, Institución «Príncipe de Viana», 1986.

sus vínculos familiares: hermana de Pablo Sarasate, esposa de Juan Cancio Mena, etc.

Tradicionalmente se ha venido señalando la escasa aportación de Navarra a la historia de la literatura española. Es cierto que no han sido muchos los escritores navarros que, al menos hasta fechas recientes, han alcanzado cierta relevancia, y aun esos suelen resultar bastante desconocidos para los propios navarros[5]. No obstante, sí se han escrito varios trabajos[6] que han tratado de ofrecer panoramas o aproximaciones a épocas, géneros y autores concretos de la «literatura navarra». En un reciente trabajo mío, al hablar de «Navarro Villoslada y la literatura navarra», escribía:

> Antes de nada, una pequeña matización: no sé si se puede hablar con propiedad de una «literatura navarra» en sí, es decir, no sé si existe con unas características peculiares que le proporcionen una esencia propia que la distinga de otras literaturas; lo que sí resulta evidente es que se puede utilizar esa etiqueta para designar al conjunto de escritores navarros –entendiendo por tales aquellos que han nacido o vivido dentro de los límites de esta comunidad foral, o que han estado ligados a ella por determinadas circunstancias especiales– y a sus obras. Es en este segundo sentido como utilizo aquí la expresión «literatura navarra». Lo primero, la delimitación de sus rasgos propios y privativos, está todavía por hacer, dada la escasez de monografías sobre obras y autores concretos[7].

Mis palabras vienen a coincidir con otras de Emilio Echavarren y Tomás Yerro:

> La expresión *literatura navarra* encierra un significado de carácter más geográfico que rigurosamente literario. […] A nuestro juicio, considerar la literatura navarra como un 'corpus' de escritores y obras con rasgos específicos respecto a la producción literaria del resto de España, sea en castellano o en vascuence, representaría un verdadero desatino crítico, fruto del más empobrecedor espíritu localista[8].

Así es, y hago mía esa afirmación, aunque cabe pensar también que el contraste de las conclusiones de estudios monográficos sobre distintos autores y obras, cuando los haya en número suficiente, tal vez permitirá destacar algunas peculiaridades concretas o algunas preferencias en ese conjunto de la literatura navarra, como por otra parte ya han apuntado Elizalde y González

5. Cfr. «Preliminar» en Tomas YERRO VILLANUEVA (coord.), *Escritores navarros actuales. Antología I,* Pamplona, Gobierno de Navarra-Ayuntamiento de Pamplona, 1990, pp. 15-17.

6. José ZALBA, «Páginas de la historia literaria de Navarra», *Euskalerriaren Alde. Revista de Cultura Vasca,* XIV, 1924, pp. 345-55 y 368-74; Manuel IRIBARREN, *Escritores navarros de ayer y de hoy,* Pamplona, Gómez, 1970; José M.ª CORELLA, *Historia de la literatura navarra,* Pamplona, Pregón, 1973; Ignacio ELIZALDE (dir.), *Literatura navarra. Antología de textos literarios,* Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1980; Miguel D'ORS, *Aproximación histórica a la poesía navarra de posguerra,* Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1980; Ángel URRUTIA, *Antología de la poesía navarra actual,* Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1982; Charo FUENTES y Tomás YERRO, '*Río Arga', revista poética navarra (estudio y antología),* Pamplona, 1988; Fernando GONZÁLEZ OLLÉ y José M.ª CORELLA, «Introducción literaria», en *Tierras de España. Navarra,* Barcelona, Ed. Noguer-Fundación Juan March, 1988, pp. 96-127; Fernando GONZÁLEZ OLLÉ, *Introducción a la historia literaria de Navarra,* Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989; José Luis MARTÍN NOGALES, *Cincuenta años de novela española (1936-1986). Escritores navarros,* Barcelona, PPU, 1989; Tomás YERRO VILLANUEVA (dir.), *Escritores navarros actuales. Antología,* vols. I y II, Pamplona, Gobierno de Navarra-Ayuntamiento de Pamplona, 1990-1991.

7. Carlos MATA INDURÁIN, *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas,* Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995, p. 109.

8. «Aproximación de la literatura navarra a los escolares», en *Escritores navarros actuales. Antología I,* cit., p. 21.

Ollé: tratamiento abundante de temas religiosos, gusto por la mezcla de historia y ficción literaria, etc.

El panorama que ahora ofrezco –sin duda susceptible de alguna mejora[9]– pretende ser una modesta contribución al mejor conocimiento de la literatura navarra, entendida en el sentido en que acaba de ser matizado. Se basa fundamentalmente en el estudio de una serie de autores y de sus cuentos, ya vieran estos la luz en publicaciones periódicas, ya se dieran a la prensa en forma de libro, como colecciones de relatos (y con independencia, claro está, de que hayan aparecido o no publicados en Navarra). No pretendo en este momento un rastreo exhaustivo de las publicaciones periódicas navarras que pudieron acoger cuentos o relatos cortos durante el siglo XIX, aunque sí haré, dada su mayor importancia, una pequeña referencia a la *Revista Euskara,* publicada en Pamplona durante los años 1878-1883.

A efectos prácticos, para la presentación de los resultados obtenidos, he agrupado los autores en distintos apartados: en primer lugar, hablo de tres autores importantes ligados a la Asociación Euskara de Navarra (Navarro Villoslada, Iturralde y Suit, Campión); luego reúno los que tienen sus cuentos coleccionados en volúmenes; después, los que escriben leyendas históricas en prosa y los que las redactan en verso; en fin, dejo para el final la consideración de algunos escritores que tocan otros subgéneros narrativos limítrofes con el cuento. Se trata, por tanto, de una agrupación mixta, manejando distintos criterios, y, de hecho, ofrece el inconveniente de que alguno de los autores podría incluirse en dos apartados distintos. Pero creo que se trata de una ordenación útil a la hora de clarificar de algún modo este «Panorama del cuento literario navarro en el siglo XIX».

En fin, señalaré que este estudio parcial se enmarca en una investigación más amplia sobre la *Historia del cuento literario en Navarra,* que desarrollo en la actualidad con una beca post-doctoral del Gobierno de Navarra.

2. TRES AUTORES IMPORTANTES RELACIONADOS CON LA ASOCIACIÓN EUSKARA DE NAVARRA

En el panorama de la literatura navarra del siglo XIX destacan claramente los nombres de Francisco Navarro Villoslada, Juan Iturralde y Suit y Arturo Campión (si bien la figura de este último se sitúa ya a caballo entre los siglos XIX y XX). Los tres ocupan un lugar relevante no solo por la mayor calidad de sus escritos, sino además por la notable actividad pública que desarrollaron en otros ámbitos distintos de los de la literatura. Además, los tres pueden agruparse porque guardan relación con la Asociación Euskara de Navarra, nacida en Pamplona tras la derrota carlista en la guerra de 1872-

9. Soy consciente de que se me ha podido escapar algún nombre, e incluso alguna obra de las mencionadas no he podido consultarla dada su rareza, pero considero que esta ordenación que ofrezco puede resultar útil, cuando menos como un catálogo provisional que permita el acercamiento posterior, con análisis más detallados, a aquellos autores y obras más importantes. Para establecer este corpus, y para tomar de ellos diversos datos, me han sido de gran utilidad los trabajos de IRIBARREN y CORELLA mencionados en nota anterior, así como los de Javier IBARRA, *Biografías de los ilustres navarros,* vol. IV, *Siglos XIX y parte del XX,* Pamplona, Imprenta de Jesús García, 1953; el de Antonio PÉREZ GOYENA, *Ensayo de bibliografía navarra,* vols. VI-IX, Pamplona, Institución «Príncipe de Viana», 1953-1964; y los once volúmenes de la *Gran Enciclopedia Navarra,* Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990.

1876 para defender la identidad cultural vasco-navarra: Iturralde y Suit fue su principal promotor y su secretario; Campión le prestó su apoyo incondicional (de hecho, ambos fueron quienes sostuvieron casi exclusivamente con sus colaboraciones los últimos números de la *Revista Euskara,* portavoz de la Asociación); Navarro Villoslada, en fin, fue nombrado miembro de honor en reconocimiento al sentimiento vascófilo recogido en *Amaya.*

2.1 Francisco Navarro Villoslada

González Ollé ha llamado la atención sobre el tardío cultivo de la prosa literaria en Navarra. Tanto es así que Navarro Villoslada, nacido y muerto en Viana (1818-1895), ha podido ser considerado el primer novelista navarro en el orden cronológico[10]. Pues bien, esa afirmación que se hace para las novelas puede ser aplicada igualmente al relato corto y decirse que Navarro Villoslada es el primer cuentista navarro en el tiempo (con la salvedad de los posibles antecedentes de este subgénero que dejo mencionados).

En efecto, él es el primer escritor navarro de cierta relevancia que cultiva distintos tipos de relatos cortos, entre ellos el cuento propiamente dicho. Y empleo a propósito el marbete amplio «relatos cortos» porque en la producción del vianés[11] podemos encontrar diversas narraciones de carácter híbrido que nos muestran claramente cómo el cuento literario compartía un terreno fronterizo con otros subgéneros narrativos cortos en el siglo XIX, de los que poco a poco se iría diferenciando.

Por un lado, Navarro Villoslada cultivó el artículo de costumbres: «El canónigo» (1843), «El arriero» (1846), «La mujer de Navarra» (1873). En estas piezas, como es habitual en el género, se limita a la descripción y caracterización tópica de un oficio o de un tipo popular y no nos interesan ahora especialmente[12]. Sin embargo, existen otros «artículos» o «relatos» (y sigo utilizando adrede estos términos vagos), especialmente algunas colaboraciones publicadas en el *Semanario Pintoresco Español,* que se hallan en una «zona de nadie» con características tanto del artículo periodístico, como del artículo de costumbres y del cuento propiamente dicho. Son «relatos» que, sin llegar a ser cuentos tal como hoy entendemos ese subgénero, están ya en las fronteras del mismo, pues incluyen unos personajes, unos diálogos y una historia o, al menos, el germen de una historia posible, de una acción narrativa por aquellos protagonizada. Son trabajos como los titulados «Un hombre público» (1847), «El mundo nuevo. Hacer negocios» (1853), «La familia en España» (1877), «Apuntes de viaje. Los adoradores de Pluto» (1878) o «Costumbres. Un hombre arruinado» (1878).

10. «Por fin, la novela» es el significativo título del capítulo que le dedica en su *Introducción a la historia literaria de Navarra,* cit., pp. 167-83.

11. Para sus circunstancias vitales y el conjunto de su producción remito a mi estudio antes mencionado.

12. Tampoco merece la pena considerar ahora, aunque sí recordar, que sus tres novelas históricas se construyeron a partir de anteriores relatos más breves, es decir, de lo que podríamos llamar novelas cortas: *Doña Blanca de Navarra* fue una ampliación de *La Princesa de Viana,* a la que añadió además una segunda parte titulada *Quince días de reinado; El caballero sin nombre* fue el embrión de *Doña Urraca de Castilla,* cuya acción se resume además en «El amor de una reina»; por último, antes de *Amaya* el autor había publicado ya un relato titulado *El ermitaño* que se centraba en el parricidio y posterior penitencia de Teodosio de Goñi en la cumbre del Aralar.

Tiene además Navarro Villoslada dos leyendas históricas, publicadas ambas en el *Semanario Pintoresco Español* en 1841, y ambientadas las dos por los años de la pérdida de la independencia del reino de Navarra: se trata de «Recuerdos históricos. El castillo de Marcilla», sobre la defensa de esa plaza por doña Ana de Velasco, Marquesa de Falces; y de «Leyendas nacionales. La muerte de César Borja», que narra el fin del famoso general de los ejércitos navarros en la Barranca Salada, entre Viana y Mendavia, suceso histórico del que tendría noticia a través de fuentes documentales, pero también por el recuerdo del hecho conservado en la zona y transmitido por vía oral.

Por último, existen otros relatos de Navarro Villoslada que podrían ser considerados con toda propiedad como cuentos: «El remedio del amor», «Mi vecina», «Aventuras de un filarmónico» y «La luna de enero»[13]. «El remedio del amor» relata una historia sentimental con visos de folletín y muerte dramática de la protagonista, contado todo ello con el habitual narrador omnisciente en tercera persona; los otros tres, en cambio, se enuncian en primera persona por tres narradores-protagonista: el primero versa sobre el proceso de enamoramiento del narrador, cautivado por la voz de la vecina en cuestión; el segundo describe las peripecias de un joven de provincias que acude a Madrid por un negocio y desea asistir a una ópera, acabando su estancia en la capital sin ver realizado su sueño; «La luna de enero» es un gracioso relato cuya acción se sitúa en el año 1836; el protagonista –y narrador– de la historia es un joven poeta que lee sin cesar las novelas y los dramas románticos plagados de maldiciones, asesinatos, envenenamientos y suicidios; después de varias horas de lectura, una noche en la que brilla en el cielo la luna llena tan cara a los románticos, el poeta distingue desde su ventana tres bultos negros encaramados sobre el tejado de la catedral; sin detenerse a buscar sus lentes, su fantasiosa imaginación (alucinada, como la de don Quijote, por las lecturas) forja un misterioso drama: los bultos que ve son los de Rosa y su amante, «el Cojo», sorprendidos por el marido engañado, Esquilón, el campanero de la catedral; estos personajes entablan una dramática lucha que culmina con la caída al vacío de los tres cuerpos. Despertados por los gritos de sorpresa y pavor del joven, acuden los vecinos y, tras escuchar su relato, bajan con luces a la calle, para descubrir que los cuerpos estrellados contra el suelo son los de tres enormes gatos. El artículo es, evidentemente, una burla de los excesos románticos.

Baquero Goyanes, en su trabajo póstumo *El cuento español: del Romanticismo al Realismo,* incluye a Navarro Villoslada entre los «cuentistas de transición»[14] y señala como característica más marcada del autor (en estas obras y en el conjunto de su producción) la pervivencia del espíritu romántico en unos años en los que el Romanticismo estaba a punto de ser –o era ya– historia literaria pasada.

13. Se publicaron por vez primera en el *Semanario Pintoresco Español,* la *Revista de Teatros,* la *Revista Literaria* de *El Español* y el folletín de *El Correo Nacional,* respectivamente. Navarro Villoslada no los coleccionó en libro, pero ahora pueden verse en el vol. III de sus *Obras completas* publicas por Segundo Otatzu Jaurrieta en el marco de una «Colección de autores navarros», Pamplona, Mintzoa, 1992 («La luna de enero» figura bajo el título de «País de efecto de luna»).

14. BAQUERO GOYANES, *El cuento español: del Romanticismo al Realismo,* cit., pp. 99-100.

2.2. Juan Iturralde y Suit

Iturralde y Suit (Pamplona, 1840-Barcelona, 1909) es el gran impulsor de la Asociación Euskara de Navarra, que se presentó en Pamplona el 6 de enero de 1878. Fue además concejal en el Ayuntamiento de la capital navarra, académico correspondiente de San Fernando y de la Historia y formó parte de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra, de la que fue secretario. Sus relatos, muchos de los cuales se publicaron en la propia *Revista Euskara,* aparecieron coleccionados en forma de libro póstumamente[15].

En un primer deslinde, podemos apreciar que en esas colecciones, junto con cuentos y leyendas históricas, aparecen mezclados otros trabajos de signo muy distinto. Por ejemplo, hay artículos eruditos de temas variados («Las guerras civiles de Pamplona en el siglo XIII», «Un conquistador navarro en el Nuevo Mundo», «Los castillos de Navarra durante la Edad Media», «La caza en Navarra en los tiempos pasados», «El tributo de las tres vacas», «Las cruzadas de Navarra en Tierra Santa», «Memoria sobre las ruinas del Palacio Real de Olite», «Prehistoria en Navarra»…), o bien relatos y descripciones de viajes («Recuerdos de Ujué», «El monasterio de Irache», «Una visita al castillo de Javier»…), que para nuestro objeto actual no nos interesan.

El resto de relatos propiamente literarios pueden clasificarse[16] en los siguientes apartados, que enumero de menor a mayor grado de ficcionalización:

1) Estampas y evocaciones líricas. Iturralde está dotado de una fina sensibilidad poética y en varias de estas semblanzas, al par que capta perfectamente la majestuosidad del paisaje navarro –o de las ruinas históricas conservadas–, evoca los momentos épicos, las pasadas grandezas del viejo Reyno, que constituyen el contrapunto del momento de decadencia espiritual que se vivía entonces. Tales evocaciones románticas –pero no de pura evasión, sino cargadas de significado y simbolismo– son «Una noche en Roncesvalles» (boceto de «La batalla de los muertos»), «Las voces del viento en los Pirineos navarros», «Las brisas de los montes euskaros», «La selva. Aguiriko-eliza», «El viejo espíritu de Navarra» o «El desolado de Rada». Algo diferentes son «Junto al hogar», pórtico de la edición de 1912, que es una invitación a la reflexión, en soledad y silencio, sobre la vida (concebida como «viaje doloroso por sendas sembradas de espinas», «valle de amarguras», «vía dolorosa», pero con el consuelo de la esperanza cristiana siempre al fondo); y «El triunfador de la muerte», una reflexión sobre Dios, que es quien la vence.

2) Un segundo grupo lo formarían las leyendas, que podrían separarse en fantásticas («El organista loco de Iranzu», con un tema similar al de «El Miserere» de Bécquer, y «Salkindaria. El traidor»); e históricas, basadas bien

15. *Obras de D. Juan Iturralde y Suit,* vol. I., *Cuentos, leyendas y descripciones euskaras,* Pamplona, Imprenta y Librería de J. García, 1912, con prólogo de Arturo Campión; y *Obras de don Juan Iturralde y Suit,* vol. III, *Tradiciones y leyendas navarras,* con prólogo de Carmelo de Echegaray, Pamplona, Imprenta y Librería de García, 1916. Recientemente Segundo Otatzu Jaurrieta ha publicado dos tomos de sus *Obras completas* que incluyen sus narraciones y leyendas: *Obras,* vol. I, *Cuentos y leyendas navarras* y *Obras,* vol. II, *Cuentos, leyendas e historia,* Pamplona, Mintzoa, 1990.

16. Adapto –con ciertas modificaciones– la clasificación que ofrece Campión para la producción global de este autor en su introducción a *Obras de D. Juan Iturralde y Suit,* vol. I, cit., pp. CLVIII y ss.

en un hecho propiamente histórico, bien en un suceso perteneciente al ámbito más vaporoso e impreciso de la tradición: «Los perros de Martín abade», «La campana de Nájera», «La leprosa. Balada», «El castillo de Tiebas», «Un episodio de la historia de Pamplona», «El santuario de San Juan del Ramo», «La leyenda de San Virila de Leyre», «El puente de Miluce» o el fragmento de «El castillo de Amayur». Otra narración como la titulada «Juan Fermín de Leguía» se acerca a un hecho histórico que es además cuasi-contemporáneo del autor (un episodio de la guerra de la Independencia en el año 1813), con menos posibilidades por tanto de idealización al narrarlo.

3) Apólogos o ejemplos. Son relatos como «El ruiseñor de Errota-zuri», «La paciencia y la limosna», «La felicidad» o «Las lágrimas de la tribulación», con personajes-tipo y una fuerte carga simbólica, en los que se propone una enseñanza, ya a la conciencia de todo el pueblo vascongado (en el primero), ya a cada lector en particular (en los otros tres, cuyos títulos resultan bien significativos).

4) Cuentos satíricos y morales. Guardan cierta relación con los anteriores por su carga didáctica, aunque aquí se presentan unos personajes algo más individualizados y una historia narrativa mejor desarrollada. Incluyo en este grupo «La ínsula de los Penelópidas (Cuento que no lo parece)», que es una parábola que opone los términos de la dicotomía progreso *vs.* tradición en la Europa moderna; «Del por qué los franceses cuando se ocupan de las cosas de España carecen de sentido común (Cuento)», explicación chistosa del desconocimiento por parte de los franceses de las cosas de España; «El padre Saturnino», sátira del Estado moderno, uniformador y centralista, que devora a sus propios hijos, las provincias o territorios periféricos que lo componen; «Un congreso de protestantes en Pamplona», repaso cómico de algunas sesiones del Ayuntamiento en las que los concejales no hacen más que protestar por todo (de ahí el juego dilógico del título); o «Las santas misiones de *El Imparcial*», que vuelve a contrastar los intereses contrapuestos de las provincias y de la capital centralista.

Dado el carácter panorámico de esta contribución, no puedo detenerme en el análisis de algunas de las leyendas o de los cuentos de Iturralde y Suit que, sin duda, merecen un estudio mucho más profundo. Me limitaré, por tanto, a señalar algunos rasgos generales que se aprecian en esos relatos. Cabe destacar en primer lugar el uso brillante de la adjetivación en las descripciones paisajísticas: la fina captación de la naturaleza se une al hondo sentimiento de amor por la tierra que impregna esos escritos –Iturralde defiende la navarridad vascónica– y que lleva a una visión arcádica de la Euskal-Erria: Vasconia es uno de los últimos reductos puros e incontaminados frente a los efectos devastadores de la civilización moderna y del progreso, destructores inmisericordes de las costumbres de la raza. El tema del respeto a la tradición, encarnada en los mayores, implica en ocasiones consecuencias estructurales, ya que en muchos relatos cobra enorme importancia la oralidad: el narrador es con frecuencia un viajero que tiene oportunidad de escuchar una historia de labios de un anciano, que es quien conserva las viejas leyendas y tradiciones, a quien se cede la palabra. Existen también otros relatos de magnífica arquitectura, construidos por medio de repeticiones paralelísticas y con una estructura circular (ejemplo señero sería el de «Las brisas de los montes euskaros»).

En cuanto a su concepción de la historia, Iturralde y Suit acude al pasado como espacio donde aprender una lección para el presente. Contrapone un pasado glorioso con un presente poco halagüeño, pero en él siempre queda abierta una puerta a la esperanza regeneradora (véase el final de «Las brisas…»), debido en buena medida a sus creencias religiosas. Existen en sus relatos rasgos románticos, como la presencia constante de ruinas de castillos y monasterios, pero no se muestran como mero elemento decorativo, ni siquiera como mero escenario de los episodios históricos narrados, sino que son símbolo de los desgarrones, reales y dolorosos, de la identidad navarra en ese momento crítico de la historia.

En fin, al brillante empleo de la adjetivación, al tono lírico y a la pericia técnica ya apuntada, se podrían añadir como marcas de estilo de estas narraciones (que, por lo general, fluyen de forma sencilla y sobria) la presencia de ciertos rasgos de humor –en los relatos contemporáneos, no así en los ambientados en el pasado– o la inclusión de palabras o expresiones vascas, que por lo común suelen ir destacadas en cursiva[17].

2.3. Arturo Campión

Al igual que sus dos correligionarios, Campión (Pamplona, 1854-San Sebastián, 1937) fue un personaje polifacético: jurista, político, periodista, literato, historiador, estudioso del vascuence, académico…, en conjunto, uno de los intelectuales navarros más importantes de fin de siglo pasado, aunque su figura se adentra también cuatro décadas en el XX. Aquí nos interesa su faceta como escritor de relatos cortos, muchos de los cuales pertenecen a sus sucesivas colecciones de *Euskarianas* publicadas a partir de 1896[18].

Dado que su producción en este terreno es importante y relativamente extensa, me limitaré –como he hecho con los dos autores anteriores– a ofrecer una clasificación personal y a apuntar someramente algunas características de sus narraciones. En primer lugar, hay que señalar que algunos de esos relatos están fechados en pleno siglo XX[19], es decir, rebasan las estrictas marcas cronológicas de este «Panorama del cuento literario navarro en el siglo XIX»; ahora bien, los incluyo aquí para no desgajar en dos la producción del autor y también porque, salvo pequeñas excepciones, los relatos más modernos no presentan grandes diferencias técnicas o estilísticas respecto a los escritos en el XIX.

17. Por ejemplo, *sorguiñas, aitona, makillas, alayua* 'el grito de guerra vascón', *Jaun-goikoa, irrintz, chirula, lamiñacs, Basso-jaun, ezpata, chaolas, Heren-sugue* o *Herentsugue* 'dragón mitológico', *nor da or, ongui etorri, jaunac, kaiku, belarra, azkona, gazteluaren jauna, batzarre, maisterrak, mutil, ene seme maitia, sagarduos* 'vascos provincianos', etc.

18. *Euskariana. Parte primera. Historia a través de la leyenda,* Bilbao, Imprenta de la Biblioteca Bascongada de Fermín Herrán, 1896; *Euskariana. Parte segunda. Fantasía y realidad,* Bilbao, Imprenta de la Biblioteca Bascongada de Fermín Herrán, 1897; *Euskariana. Sexta serie. Fantasía y realidad* (vol. II), Pamplona, Imprenta de García, 1918. Distintas selecciones de sus relatos se han publicado con el título de *Narraciones baskas,* por ejemplo, la edición de Madrid, Calpe, 1923 o la de Donostia, Beñat Idaztiak, 1934. Pueden leerse ahora en *Historia a través de la leyenda. Fantasía y realidad,* I y II, que constituyen los dos primeros volúmenes de sus *Obras completas,* publicadas por Segundo Otatzu Jaurrieta, Pamplona, Mintzoa, 1983.

19. Así, los titulados «Popachu» (1910), «Los dos gatos» (1915), «La resurrección de la carne» (1915), «Roedores del mar» (1916), «¡Bartolo, anticlerical!» (1916), «Yan-Pierr» (1917), «El bardo de Izaltzu» (1917), «El último tamborilero de Erraondo» (1917), etc.

Un lugar importante en el conjunto de los relatos de Arturo Campión lo ocupan las leyendas y tradiciones históricas, muchas de ellas redactadas por los años de 1877-1883: «Los hermanos Gamio», «El coronel Villalba (tradición nabarra)», «Agintza. La promesa», «Orreaga. Roncesvalles», «Gastón de Belzunce (leyenda histórica)», «La visión de don Carlos, Príncipe de Viana», «La muerte de Oquendo», «Denbora anchiñakoen ondo esanak. Los consejos de los tiempos pasados», «El último tamborilero de Erraondo» y «El bardo de Izaltzu». Vamos viendo, pues, que el de la leyenda histórica es un subgénero narrativo tratado con preferencia por los tres literatos hasta ahora reseñados. En efecto, la leyenda permite presentar personajes simbólicos, hechos gloriosos o épocas emblemáticas de la historia de Navarra o de Vasconia (Roncesvalles, el Príncipe de Viana, las guerras de beaumonteses y agramonteses, la anexión a Castilla, Amayur…) que cuadran a la perfección con los presupuestos e intereses ideológicos de estos autores. Campión, en concreto, defiende a ultranza en estas leyendas la identidad vasco-navarra, que ha sufrido a lo largo de los siglos constantes agresiones exteriores y que en su época se ve de nuevo amenazada y en peligro de desaparecer por completo. De hecho, en sus relatos no retrocede necesariamente al pasado lejano (siglo VIII, Alta y Baja Edad Media…) sino que en algunos la ambientación es casi contemporánea, como en «Pedro Mari» (escrita el año 1895 y centrada en tiempos de la Revolución francesa y las luchas de España contra el Imperio).

Un segundo grupo en importancia numérica lo forman aquellos relatos que son cuentos, de ambiente contemporáneo, y que pueden agruparse por sus semejanzas temáticas o de intención. Así, varios responden al deseo de mostrar el deterioro que han sufrido y siguen sufriendo las seculares costumbres de la ancestral raza vasca, a punto ahora de ser borradas: «Roedores del mar» (aquí el peligro exterior está personalizado en el carabinero Ruperto, que trata de seducir a la linda chirlera guipuzcoana Lupita); «Contrastes. Cuadro de costumbres buenas y malas» (el enemigo es el progreso moderno, simbolizado en ese tren que vomita sobre las Vascongadas todo lo peor de España); «Yan-Pierr» (alegato contra la guerra europea o, mejor, contra el hecho de que sangre baska[20] se derrame en guerras que no son baskas); o esa bella alegoría que es «El último tamborilero de Erraondo» (el vasco que regresa de América para vivir sus últimos años y morir en el solar nativo y encuentra que el país soñado ha perdido, quizá definitivamente, sus señas de identidad).

Otros relatos nos presentan historias trágicas: «Ramonica» (la segadora de pueblo que acude a la Cuenca de Pamplona y muere asfixiada en el campo); o «La cieguecita del puente (Historia vulgar)», truculenta narración sobre la ciega Teresha, un homenaje al Naturalismo (está dedicada a Emilia Pardo Bazán). «Popachu» y «Los dos gatos» son dos breves narraciones, sin mayor trascendencia, que forman la sección «Cuentos a mis sobrinos». «El ojo del Doctor Faust» (1879) y su continuación varios años posterior «La resurreción de la carne» (1915) aparecen agrupadas bajo el epígrafe «Historias del manicomio». En fin, «¡Bartolo, anticlerical!» presenta el caso de un tradicionalista que participa en una manifestación contra la Iglesia, hecho sorprendente que

20. Empleo la grafía utilizada habitualmente por Campión.

se explica por su deseo de recuperar a una hija que ha profesado como religiosa.

Como «fantasías» podemos considerar «Una noche en Zugarramurdi. Fantasía clásico-romántica (inspirada en las Noches de Walpürgis del *Fausto* de Goethe)» y «Grachina (tradición nabarra)», que guardan relación por tratar ambas el tema de la brujería, en concreto, por presentar escenas de akelarre.

Junto a todas estas piezas se suelen editar otras tituladas «Gau-illa de Julián Gayarre» y «Olite en Ujué» (que son «Cosas vistas», es decir, relatos o impresiones de viaje) y los poemas dramáticos *Sancho Garcés* y *La flor de Larralde*[21].

2.4. Breve retrospectiva

Ninguno de estos tres autores, los tres de cierta relevancia en la historia literaria navarra, es un cuentista profesional, aunque los relatos cortos –y en particular las leyendas históricas– forman una parte destacada de su producción narrativa. Ya he señalado que la evocación de lugares con connotaciones épicas como Roncesvalles o Amayur, ejemplos señeros de la pasada gloria nacional, se presta a su propósito de exaltación de la identidad vasco-navarra. De los tres, y aunque cronológicamente sea algo anterior, es quizá Navarro Villoslada quien escribe algunos relatos en los que se alcanza un mayor grado de ficcionalización, precisamente aquellos en los que se aleja de la materia histórica y fabula un argumento contemporáneo; es decir, cuando cuenta una historia de pura ficción, sin otra intención que buscar el mero deleite literario de una historia inventada. Por otra parte, en Iturralde y Suit existe una nota poética y nostálgica, melancólica, con un tono narrativo remansado, mientras que los relatos de Campión constituyen un grito más angustiado, un intento más directo de sacudir la adormecida conciencia de sus paisanos: Iturralde muestra las ruinas físicas como símbolo de la ruina moral de un pueblo; Campión presenta directamente la ruina moral de ese pueblo, centrada en la pérdida de su identidad cultural. En los tres autores hallamos bellas y puntuales descripciones, que destacan por su exactitud topográfica y toponímica: no en balde fueron grandes viajeros, expertos conocedores de su patria chica y atentos observadores de la realidad circundante, que luego sabían plasmar en acertados cuadros de paisaje.

3. AUTORES CON COLECCIONES DE CUENTOS

Los presento siguiendo un orden cronológico, bien sea biográfico, bien atendiendo a la fecha de publicación de sus libros de cuentos.

3.1. José M.ª Castillo Pérez de Ciriza

Nacido en Tudela en 1842 y muerto en Madrid en 1899. Fue un destacado periodista dentro de las filas del carlismo, que posteriormente ingresó en la Compañía de Jesús. Publicó un par de colecciones de relatos, *La alegría*

21. *La flor de Larralde* forma con «Ramonica», «Roedores del mar», «¡Bartolo, anticlerical!», «El último tamborilero de Erraondo» y «Yan-Pierr» una serie titulada «Historias de mi tierra»; *Sancho Garcés* y «El bardo de Izaltzu» se agrupan como «Leyendas de la Historia».

y *El país de la gracia* (1888). El primero agrupa una serie de cuentos filosófico-morales y, según Ibarra, «obtuvo gran aceptación»; el segundo es un volumen, «del que se han hecho varias ediciones», que se compone de historietas y cuentos mezclados con artículos en los que abundan los chistes y los rasgos de aguda sátira contra los progresos de la Revolución.

3.2. Federico Urrecha Segura

Federico Urrecha (San Martín de Unx, 1855-Madrid, 1930) es autor más interesante que dispone de tres colecciones de relatos: *Cuentos del vivac. Bocetos militares* (Madrid, 1892; Barcelona, 1906); *Cuentos del lunes* (Madrid, 1894, con una segunda edición: *La estatua. Cuentos del lunes,* Madrid, *circa* 1900); y *Agua pasada* (Barcelona, 1897), que presenta el subtítulo *Cuentos, bocetos, semblanzas*[22]. Voy a detenerme brevemente en el análisis de sus *Cuentos del vivac,* pues presentan ciertas notas de originalidad y frescura dentro del panorama que voy trazando.

Se trata de un volumen con treinta y dos relatos, ilustrados con dibujos de Ángel Pons, que se ambientan mayoritariamente en las guerras carlistas, aunque unos pocos son episodios de la guerra de la Independencia (1808-1814) y otros reflejan escenas revolucionarias de ambiente madrileño (luchas callejeras, combates en las barricadas, etc., sin fecha determinada). Casi todos los relatos están contados por un narrador-protagonista o por un narrador-testigo, formando el conjunto una narración-marco: todas las historias se dicen alrededor del fuego del campamento militar (de ahí lo acertado del título *Cuentos del vivac).* Son breves narraciones donde las acciones descritas se trazan con vivas pinceladas (recuérdese que el subtítulo es *Bocetos militares);* en cuanto al adjetivo «militares», ha de entenderse en sentido amplio, pues no todas las viñetas presentan propiamente acciones de guerra, sino también escenas de la vida cotidiana en retaguardia y, en ocasiones, los personajes protagonistas no son soldados y guerrilleros sino ancianos, muchachos y gente del pueblo, en general.

De hecho, las historias más interesantes son en mi opinión aquellas en las que el autor capta con acierto los momentos de ternura y humanidad que a veces se producen también en el escenario siempre violento de una guerra. Merece la pena destacar algunos títulos como «El fin de Muérdago», «El ideal del Pinzorro», «Pae Manípulo», «Chipelín», «El vicio del capitán», *«Andusté»,* «Rempuja», «El ascenso de Regojo» o «Pro patria». Tipos como «Andusté» o el capitán Retama son difíciles de olvidar por sus acciones generosas, referidas sin caer en ningún momento en un fácil sentimentalismo. Igualmente impresionantes resultan otros personajes con final trágico como Muérdago, el Tío Recajo, Pepe Corpa, la Chazarra y la Parrala; esas muertes resultan todavía más dramáticas si se trata de muchachos jóvenes, casi niños, como el Pinzorro o el corneta Santurrias. Mérito de Urrecha es haber sabido pintar unas semblanzas muy bellas e impactantes para el lector en unos relatos cuya

22. Urrecha es autor además de varias novelas: *Drama en prosa. Relación contemporánea, Después del combate, El corazón y la cabeza, La hija de Miracielos, El vencejo de Burgaleda, Siguiendo al muerto;* de piezas dramáticas: *Genoveva, El primer jefe, Pepito Melaza, Tormento, Tiple ligera, Maniobras militares;* de una obra teórica titulada *El teatro. Apuntes de un traspunte;* y de libros de viaje: *Veinte días en Italia, Paisajes de Holanda.*

brevedad apenas le permite detenerse más que lo imprescindible en la caracterización.

El tono narrativo es siempre lineal y sencillo. En cuanto al estilo, lo más destacable es la reproducción de un lenguaje coloquial, basado en vulgarismos morfológicos o sintácticos[23]. Muchos de esos rasgos resultan quizá tópicos, pero sirven para caracterizar el habla de unos protagonistas que son en su mayoría tipos humildes (soldados del pueblo, pilletes, prostitutas).

De las otras dos colecciones, pueden recordarse algunos títulos, especialmente de *Cuentos del lunes*[24]: «Gran velocidad» (una madre espera a su hijo que vuelve de la guerra de Cuba, pero el tren que lo trae descarrila y solo hay una víctima mortal…); «El tirano de Morboso» (que presenta a un anarquista de buen corazón, en el marco de su vida familiar); «El naufragio de la Gaviota» (narra el amor de un marinero por una muchacha apodada «La Gaviota», que termina marchándose con un señorito que la ha seducido); «Fiesta en la sombra» (narración lírica, sin apenas acción, que describe la Nochebuena de una niña ciega frente al Nacimiento); «Traqueotomía» (el hijo de un médico muere cuando su padre le está operando); en fin, otras narraciones de tono dramático son «La Catralilla» e «Hijo de viuda».

3.3. Francisca Sarasate Navascués

Hermana del músico Pablo Sarasate y esposa de Juan Cancio Mena, de ahí que firmase algunos libros como Francisca Sarasate de Mena (La Coruña, 1853-Pamplona, 1922). Escribió una colección de *Cuentos vascongados* (Barcelona, 1896), que incluye trece relatos, localizados todos –de forma imprecisa– en pueblos de Navarra o las Provincias Vascongadas. En cierto modo, se asemejan a los cuentos de Antonio de Trueba, en el sentido de que ofrecen un elogio de la vida sencilla en el campo, aunque su calidad sea inferior con mucho. De casi todos ellos se desprende una enseñanza (algunos títulos son reveladores: «La caridad bien entendida…», «Antes que te cases, mira lo que haces»), aunque esa carga moralizante no llega a ser demasiado abrumadora[25].

Estos *Cuentos vascongados* son narraciones sencillas, tanto por su forma como por su contenido: en efecto, entran en ellos historias y vidas vulgares, contadas sin grandes complejidades desde el punto de vista técnico. Es más, atendiendo a su estructura, algunos finales parecen algo precipitados, como si estuviera sin desarrollar plenamente la acción planteada; o bien sucede lo contario, algunos relatos son llevados hasta un extremo exagerado en sus últimas líneas, como si se buscara un efecto de sorpresa impactante sobre el lector (en «El ideal», tras el fallecimiento de Amado, Rosa muere sin que quede muy claro por qué; la muerte de Sofía y de César en «¡Noche triste!» es igual-

23. Aparecen expresiones como *vusotros, sabís, muchismo, yo vos lo digo, melitar, pa, tamién, diendo* 'yendo', *veréis ustedes, manque, andamos, judía nieve, amos* 'vamos', *quisiera yo verbos* 'veros', *tiemblarían, iluminarias, na…*

24. Cfr. BAQUERO GOYANES, *El cuento español en el siglo XIX,* cit., pp. 190-91, 194, 282, 482, 519-20, 618 y 674.

25. En algún caso la enseñanza no solo se desprende del ejemplo presentado, sino que se formula explícitamente; por ejemplo, en «Sueños de color de rosa» –que recuerda los *Cuentos de color de rosa,* de Trueba–, hay una reflexión sobre el juego, presentado como una pasión que «absorbe todo, aniquila todo, rompe los lazos de parentesco y amistad, imposibilita de sentir y es ciega de tal modo que se asiste a las mayores catástrofes con la indiferencia de los estoicos» (pp. 37-38).

mente muy folletinesca). Cierta originalidad en la construcción presenta «¡Me aburro!», pues se trata de un cuento epistolar: el texto lo constituyen tres cartas dirigidas por Elvira, que veranea en San Sebastián, a una amiga; el desenlace se presenta en una postdata añadida a la tercera.

Los personajes no siempre están bien trazados y a veces resultan contradictorios: por ejemplo, Pura, de «El ideal», se hace simpática al lector porque es maltratada, pero en realidad es una mujer casquivana que galantea con todos y merece nuestra antipatía; en «Gavón» se insinúa que Fermín es el hermano amable y cariñoso con su madre, mientras que Esteban es el malo, pero al final sucede al revés; la Rosa de «Sermón perdido» viene a comportarse como un don Quijote femenino, aunque en el fondo no pase de ser una deslenguada mujer de mala vida. Esas contradicciones y vacilaciones de carácter, que en otras circunstancias (por ejemplo, en una novela) podrían ser consideradas aciertos de caracterización –la vida no es como parece; la vida es más compleja de como se nos presenta a primera vista–, más bien pueden tenerse aquí por defectos debidos a impericia narrativa de la autora.

En algunos de estos cuentos apenas existe el diálogo: se ha reducido al mínimo, o bien ha quedado sustituido por el estilo indirecto. En conjunto, el mejor relato tal vez sea «Contra viento y marea», que ocupa el primer lugar del volumen. Narra la historia de una viuda joven con varios pretendientes que termina casándose con su criado Sancho, pese a la oposición de todo el pueblo y de su propia familia: Catalina ha de defender su decisión tal como indica el título para triunfar de la hipocresía y el rechazo general, viendo al final premiado su esfuerzo con una matrimonio feliz.

Francisca Sarasate es autora de otras obras: *Un libro para pollas* (1876), *Horizontes poéticos. Libro rítmico* (1881), *Amor divino* (1882), *Romancero aragonés* (1894), *Poesías religiosas* (1899), *Pensamientos místicos* (1910); también de *Fulvia o los primeros cristianos* (1888), novelita corta escrita a la manera de la *Fabiola* del cardenal Wiseman, tan imitada por los novelistas católicos de finales del siglo XIX[26]. Bajo el subtítulo de *Narración,* presenta la historia de Fulvia, una joven y hermosa patricia romana, convertida al cristianismo como su esclava Paula, que acaba bautizando además a su hermano Publicio y a su amante Terencio. Al final, los cuatro mueren en la arena del Circo, alcanzando la palma del martirio. Ni que decir tiene que se trata de una narración maniquea en la organización del universo novelesco (patente, por ejemplo, en el contraste entre Fulvia o el humilde esclavo Teófilo con el perverso y cuasisatánico Melvio), sin mayor interés que el meramente argumental.

4. AUTORES DE NARRACIONES HISTÓRICAS EN PROSA

Hemos visto ya al hablar de Navarro Villoslada, Iturralde y Suit y Campión que la materia histórica –y en concreto la historia de Navarra, de Vasconia en general– constituía un terreno apropiado para su tratamiento

26. De los escritores católicos y de la propaganda a través de la novela versó la comunicación presentada por Solange HIBBS-LISSORGUES en el pasado *Congreso Internacional sobre la novela histórica (Homenaje a Navarro Villoslada),* Pamplona, diciembre de 1995, cuyas *Actas* se publicaron en 1996 como número anejo de *Príncipe de Viana,* a cargo de I. Arellano y C. Mata Induráin; cfr. las pp. 167-86 de ese volumen.

literario, en forma de leyendas o tradiciones. Pues bien, en las dos últimas décadas del siglo vamos a encontrar un número considerable de autores que cultivan relatos de corte histórico, tanto en prosa como en verso. Es más, en muchas ocasiones se trata de escritores que se acercaron circunstancialmente a la literatura y que solo produjeron unas pocas obras, todas de estas características. Existe una explicación para este hecho, y está en el Certamen Científico, Literario y Artístico –especie de Juegos Florales– que convocó entre 1882 y 1886 el Ayuntamiento de Pamplona, y que se fallaba durante las fiestas de San Fermín. Las sucesivas convocatorias de este Certamen establecían temas fijos para las composiciones, que debían cantar los personajes y hechos gloriosos de la historia de Navarra: Roncesvalles, Sancho el Fuerte y la batalla de las Navas de Tolosa, las Cruzadas en Tierra Santa, Carlos III, el Príncipe de Viana…; o bien, aunque no concretasen tanto el asunto, establecían que se tratara de leyendas y tradiciones navarras, a discreción del autor[27].

Además del premio material y del prestigio que entrañaba ganarlo, las bases del concurso estipulaban la publicación de los trabajos seleccionados, así que no extrañará que se presentaran al mismo desde los autores consagrados como el propio Campión o Hermilio Olóriz hasta los más desconocidos. Algunos de los nombres y títulos que ofrezco a continuación –no todos– responden precisamente a esta iniciativa del Certamen Literario del Ayuntamiento de Pamplona. Los ordeno según los años en que presentaron a concurso o publicaron su primera obra.

4.1. Nicasio Landa y Álvarez de Carballo

El Dr. Landa, médico militar y escritor (Pamplona, 1831-1891), dirigió la *Revista Euskara* en 1878-1879 y es autor de obras pseudo-literarias como *Un viaje a Canarias* (1863) o *La campaña de Marruecos. Memorias de un médico militar* (1880). Aquí nos interesa especialmente «Los primeros cristianos de Pompeïopolis. Leyenda de San Fermín», escrita para el Certamen del Ayuntamiento de 1882, aunque finalmente la dejó fuera de concurso al ser elegido como miembro del jurado. Conoció una segunda edición (Pamplona, Imprenta Provincial, 1891), a cargo de la Diputación de Navarra. Es una narración de dieciséis páginas con la que el autor desea «acreditar más y más el amor y veneración que los hijos de Pamplona sienten por su glorioso patrono *San Fermín,* el primer cristiano de Pompeïopolis».

En el prólogo afirma que se ha ceñido a la verdad histórica (cita los autores y fuentes que ha manejado, así como los hallazgos arqueológicos que le han servido para las referencias a antigüedades romanas de Pamplona). «En lo demás –advierte– he dejado correr la imaginación, mas no a rienda suelta sino ajustando todos los detalles» a los conocimientos históricos de que disponía. La leyenda se divide en cuatro capítulos: «Las Thermas de Pompeyo»,

27. En 1882, el tercero de los trabajos en prosa establecía «Un premio, consistente en un *objeto artístico,* al autor de la mejor *tradición o leyenda inspirada en alguna de las glorias históricas o tradicionales de Navarra,* dejando libre la elección del asunto, pero respetando siempre la verdad de los hechos». En 1884 el quinto premio era «Una *pluma de oro* al autor de la mejor leyenda en prosa castellana inspirada en la *historia o tradiciones* de Navarra». En 1885 se fijaba en cuarto lugar «Un premio consistente en *una pluma de oro* a la mejor leyenda en prosa, inspirada en una tradición popular Pamplonesa de época anterior al siglo XVII».

«La casa de Firmo», «El templo de Diana» y «Cristo vence, Cristo reina» más un «Epílogo» que presenta el martirio de San Fermín en Tolosa. Lo mejor es con mucho el sabor de época: los amplios conocimientos del autor se reflejan en el empleo de un léxico preciso *(atrium, impluvium, apodyterium, pallium, vermiculatum, tepidarium, exedra…)* y en las propias notas que coloca al pie con explicaciones. Y, si bien es cierto que todo ello proporciona verosimilitud a lo contado, ese tono erudito recarga innecesariamente y hace un tanto pesada la narración.

Es autor igualmente de «Una visión en la niebla. Los guerreros euskaldunas», relato que recuerda a algunos de Iturralde y Suit: el narrador está contemplando el paisaje pirenaico desde la cumbre del pico de Larrhun, cuando se levanta la niebla; los montes semejan entonces castillos y el murmullo del viento suena como unos pasos: el narrador «ve» a los primitivos euskos, hijos de Aitor; a los éuskaros o cántabros; a multitud de guerreros euskaldunas, protagonistas de diversos hechos gloriosos a lo largo de los siglos: cruzados, navegantes y descubridores, guerrilleros, soldados de las guerras carlistas y coloniales…

4.2. Juan Ignacio Mena y Sobrino

Es hijo de Juan Cancio Mena (Pamplona, h. 1862-Madrid, 1914). Escribió *La batalla de Atapuerca,* que se publicó con el subtítulo *Ensayo literario que obtuvo el accésit en el Certamen celebrado el año 1882 bajo los auspicios del Excmo. Ayuntamiento de Pamplona*[28]. Se trata de un relato largo (casi una novela corta) dividido en dos partes, una de diez y otra de nueve capítulos. La acción ocurre el año 1054 y presenta las rivalidades del rey don García VI con sus hermanos don Fernando y don Ramiro, aderezadas con una trama amorosa: el rey, casado con doña Estefanía, tiene un idilio con una dama llamada Laura, que suscita los celos de su esposo, el ambicioso caballero Fortún Sancho, ayudado en sus planes de venganza por su hermano Garcés. Finalmente, en el último capítulo se narra la muerte de don García en la batalla de Atapuerca, ocurrida el 1 de septiembre de ese año 1054. Los diálogos que se incluyen son escasos y poco interesantes. Lo mejor es, sin duda, el intento de reconstrucción arqueológica de la época novelada (armas, vestidos, mobiliario…).

4.3. Pedro de Górriz Moreda

Poeta y prolífico autor teatral (Pamplona, 1846-1887), cultivó con asiduidad el género cómico, alcanzando cierto renombre en su tiempo[29]. Ganó la pluma de oro en el Certamen de 1884 con la leyenda histórica «La cadena de las Navas»; al año siguiente se premió su *Cancionero popular navarro,* composición escrita en 50 cuartetas, y «Mis montañas»; y en 1886 otra leyenda en prosa titulada «La cruz negra»[30].

28. Pamplona, Imprenta de Fortunato J. Istúriz, 1883, 62 pp.

29. Así, escribió para la escena *¡Por un teniente!, Tercero interior, Madrid se divierte, Retreta, Cante hondo, El Retiro, La vuelta de Ruiz, Tute de yernos, La partida de bautismo, Levantar la caza, La mantilla blanca, El primer trompa, Género de punto, Año nuevo, vida vieja, Don Antonio, El fin del mundo, Los caciques de Villanueva, N. N., Buena estrella* y varias obras más en colaboración.

30. Cfr. Fernando Pérez Olllo, *Gran Enciclopedia Navarra,* vol. V, pp. 401-402. Pero no he podido localizar el texto de la segunda.

«La cadena de las Navas. Leyenda», dividida en doce breves capítulos, se presentó bajo el lema: «La leyenda no es la historia: donde ésta empieza, aquélla termina». Su protagonista es Íñigo Portillo, un joven menestral enamorado de Blanca, la hija del hombre de guerra don Tristán de Olano. Íñigo, que sueña con la dorada espuela de caballero, decide alistarse como ballestero en la mesnada de don Gutierre de Lodosa para la guerra que el rey don Sancho el Fuerte prepara contra los moros. Marcha con don Tristán y llega el día de la batalla de las Navas de Tolosa, el 16 de julio de 1212. Tristán muere matando enemigos; Íñigo, por su parte, también pelea «como un león» y consigue tomar la bandera y un trozo de las cadenas que rodean la tienda del Miramamolín. El rey don Sancho decide que ese será su blasón y promete nombrarlo caballero. Un año después se celebra la boda de Blanca e Íñigo, que ha sido elegido alférez mayor del reino; sin embargo, en un arca guarda un trozo de cadena que le recuerda su origen humilde.

Igual que en el relato de Mena y Sobrino, cabe destacar la inclusión de elementos arqueológicos, especialmente por medio del empleo de un léxico perteneciente al campo semántico de las armas: *contera, capacete, almete, montante, arnés de Vizcaya, loriga milanesa…* Los diálogos son algo más frecuentes que en *La batalla de Atapuerca,* pero sin especial interés.

4.4. Santos Landa Álvarez de Carballo

Hermano de Nicasio Landa, fue catedrático de instituto en Tudela y Santander, político y escritor (Pamplona, 1843-Santander, 1904). Su producción literaria la forman dos obras: *Páginas de la historia de Navarra, puestas en verso para uso de las Escuelas* (Pamplona, Imprenta y Librería de Joaquín Lorda, 1886), que enumeran –siguiendo los *Anales* de Moret– desde los hechos del rey García Jiménez hasta los de Fernando el Católico; y *Don Sancho el de Peñalén. Leyenda tradicional de la historia de Navarra* (Sevilla, 1887), cuyo texto no he podido ver hasta el momento.

4.5. Mariano Pérez Goyena

Nacido en Huarte en 1867, muerto en Pamplona en 1903. Doctor en Teología y licenciado en Derecho Canónico, este sacerdote ejerció como coadjutor en Santa María de Tafalla, fue profesor de Matemáticas en el Seminario Conciliar de Pamplona y administrador de Cruzada de la Diócesis. Ocupa un lugar en este panorama por su libro *Jaunsarás o los vascos en el siglo VI*[31] (Pamplona, Imprenta de Nemesio Aramburu, 1899), que reúne tres «trabajillos» que ya habían sido publicados en la revista *La Avalancha;* como explica el autor en el prólogo, son «historietas escritas, eso sí, con el mejor espíritu y sana intención».

La primera, «Jaunsarás o los vascos en el siglo VI», cuenta la llegada al monasterio benedictino de San Zacarías de Cilveti, en la Navidad del año 583, de un enviado de San Leandro con el fin de recabar el auxilio de los vascones para Hermenegildo, defensor de la causa católica contra su padre Leovigildo, que quiere que renuncie al cristianismo. Esta circunstancia, y el relato de la expedición de apoyo de los vascones, hasta la victoria final de

31. El subtítulo refleja claramente la influencia de la novela de Navarro Villoslada *Amaya o los vascos en el siglo VIII.*

Recaredo, permite a Pérez Goyena añadir una serie de párrafos digresivos con alusiones continuas a los problemas religiosos de su momento. «La consagración de San Fermín» no es propiamente un cuento, sino un resumen de su predicación animado levemente por la ficción del diálogo entre dos centuriones romanos. Por último, «El voto de Roncesvalles» tampoco puede ser considerado cuento, sino que es simplemente la narración de dos anécdotas relacionadas con la famosa colegiata que sirven al autor para «presentar un cuadro de costumbres montañesas».

Así pues, de las tres «historietas» la más interesante es la primera, la que da título al volumen, que se sitúa en la misma línea de relatos histórico-novelescos que vengo comentando, piezas de un género híbrido que permite mezclar la seriedad y las enseñanzas de la historia con la amenidad y las licencias literarias de la narración ficticia.

5. AUTORES DE NARRACIONES EN VERSO

Existe una nómina de autores que cultivaron temas históricos similares, pero no en prosa, sino en verso; de hecho, los Certámenes del Ayuntamiento establecían otros premios que galardonaban composiciones poéticas «en verso castellano» o, más específicamente, «en verso endecasílabo». Evidentemente, en sentido estricto todas estas obras rebasan los límites del subgénero cuento y, por consiguiente, no sería necesario incluirlas en este panorama. No obstante, dado el tono eminentemente narrativo de esas composiciones, me ha parecido oportuno dedicarles un apartado donde poder repasarlas, siquiera someramente, enumerando algunos títulos y autores. De hecho, la única diferencia entre un grupo de obras y el otro estriba simplemente en haberse redactado en prosa o en verso. Hay autores prolíficos como Olóriz o Cayuela Pellizzari que podrían haber cultivado el cuento o la leyenda histórica en prosa; pero a la vista del éxito obtenido con sus primeras composiciones poéticas, y dada su facilidad para la versificación y la rima, se decantaron por presentar sus argumentos de forma exclusiva, o casi exclusiva, en verso. Sigo también aquí un orden cronológico en la presentación.

5.1. Juan Ignacio Mencos y Manso de Zúñiga

Aristócrata (poseyó los títulos de Conde de Guenduláin y del Fresno de la Fuente, Marqués de la Real Defensa y Barón de Bigüezal), literato y político (Pamplona, 1789-Madrid, 1882). Puede recordarse su poema épico en 100 octavas reales *El cerco de Zamora por el rey don Sancho II de Castilla* (Madrid, en la Imprenta Real, 1833), sobre la muerte del hermano de Alfonso VI a manos de Bellido Dolfos, de tono marcadamente neoclásico (no en balde ganó el concurso de la Academia en ese mismo año, 1833). De corte más romántico son sus «Romances históricos. El Príncipe de Viana. Octubre del año de 1452», fragmentos de un poema sobre el siglo XV, *Inés o las guerras civiles de Navarra,* que no llegó a publicarse íntegro. Vieron la luz en la *Revista Euskara* en 1880. Se trata de cinco romances («El Cenador», «La canción», «La sospecha», «La aldeana» y «El bosque») que presentan a don Carlos en el cenador de su palacio de Tafalla, una noche de luna, en conversación con su amante doña Brianda, a la que manifiesta sus sospechas de que tratan de envenenarlo.

5.2. Hermilio Olóriz

Hermilio Olóriz Azparren (Pamplona, 1854-1919) fue un literato e historiador cuyas inquietudes coincidieron con las de los miembros de la Asociación Euskara de Navarra. Fue secretario de redacción de la *Revista Euskara* (en 1878), bibliotecario y cronista de Navarra, académico correspondiente de la Real de la Historia, etc. Dejando aparte sus obras de carácter histórico *(Fundamento y defensa de los Fueros,* 1880; *Resumen histórico del Antiguo Reino de Navarra,* 1887; *La cuestión foral,* 1894; *La cartilla foral,* 1894; *Navarra en la guerra de la Independencia. Biografía del guerrillero don Francisco Espoz,* 1910; *Nueva biografía del Doctor Navarro don Martín de Azpilicueta,* 1919, etc.), me centraré en aquellas composiciones poéticas suyas en las que cantó las grandes victorias de los antiguos vascones y las viejas glorias de la historia patria.

Se dio a conocer con *El romancero de Navarra* (Pamplona, Imprenta Provincial, 1876), que incluía tres composiciones: «Roncesvalles», «Olant» *[sic,* por Olast] y «Pamplona», formadas por ocho, siete y siete romances, respectivamente, en la misma línea de los *Romances históricos* del Duque de Rivas, que describen las victorias de los vascones sobre francos y moros. En 1882, en el Certamen del Ayuntamiento, se premió otro trabajo titulado «Roncesvalles» y en 1883 «Calahorra», que narra la heroica defensa de la ciudad vascona frente a Roma, equiparable a las de Numancia o Sagunto. En *Laureles y siemprevivas* (Pamplona, Imprenta Provincial, 1893), además de algunas composiciones líricas y el cuadro dramático *En manos del extranjero,* recoge obras anteriores («Roncesvalles», «Olast», «Pamplona» y «Calahorra») y añade «La visión del Marichal», «La leyenda de Alesves», «Patriotismo de Estella», «Las Navas de Tolosa» y «En el castillo de Olite. Fantasía». Ahora bien, además de insistir en temas repetidos hasta la saciedad (Sancho el Fuerte, las guerras de bandos…) intenta la renovación narrando un hecho cercano en «El vado (tradición tudelana)», un episodio de la resistencia contra el invasor francés. Por último, en *Ecos de mi patria. Leyendas y poesías* (Pamplona, Imprenta Provincial a cargo de J. Ezquerro, 1900) incluye entre otras piezas «Mosén Pierres de Peralta. Leyenda», «La heroína. Leyenda» (sobre la muerte del coronel Villalba, ya tratada por Campión) y «La defensa de Viana. Leyenda».

En todas estas composiciones de Olóriz el verso octosílabo o endecasílabo fluye fácil; pero esa facilidad versificatoria –que no es, por otra parte la de un Zorrilla y que no excluye, como en éste, algunos ripios– más que una ventaja fue un inconveniente, pues encasilló por completo al autor en este subgénero particular de la narración en verso, del que no se apartó en toda su producción literaria.

5.3. Arturo Cayuela Pellizzari[32]

Poeta laureado con numerosos premios nacionales e internacionales, Cayuela Pellizzari (Pamplona, 1851-1893), licenciado en Filosofía y Letras, fue por los años 1872-1876 el director del Instituto de Pamplona. Colaboró

32. El segundo apellido se escribe a veces Pellizari, con una sola z. Lo transcribo tal como figura al frente de sus libros.

en distintas publicaciones periódicas y dirigió en Pamplona la revista *El Ateneo.* Buena parte de su obra la componen las piezas poéticas de asunto histórico, muy semejantes –en los temas y en la propia concepción formal del género– a las de Olóriz.

Así, en *Notas y preludios* (Pamplona, 1885), además de varios poemas de tono sentimental, agrupa los siguientes títulos: «La rota de Roncesvalles», obra formada por tres romances («El despertar de los bravos», «Altoviscar» y «El triunfo de la Vasconia») que había sido laureada en el Certamen del Ayuntamiento de 1882 y publicada ese mismo año; «Al sitio de la isla de León» (de tono patrótico nacional); y «La toma de Zaragoza. 1118 (poema)». En 1886 se premió en el mismo concurso municipal *La derrota de Olast. Canto épico,* y también se dio a las prensas. Más tarde reunió una serie de *Cantos, romances y leyendas* (Vitoria, 1889), entre los que se cuentan «La batalla de las Navas. Romance histórico. Año 1212», «La hazaña de los Donceles. Leyenda tradicional. Siglo XV» y «El paje del rey don Sancho. Leyenda del siglo XIII». En fin, más tarde apareció *El paladín de las Navas* (Pamplona, 1891), obra cuyo protagonista es el estellés Garci López de Lizasoain dividida, como muchos dramas románticos, en cinco partes con título independiente: «El mensaje», «La promesa», «La hazaña de Garci López», «El regreso de la hueste» y «El cumplimiento de un voto».

Como Olóriz, Cayuela Pellizzari maneja con soltura el octosílabo o el endecasílabo heroico en estas composiciones de marcado tono narrativo, aunque se nota la repetición de ciertos motivos (por ejemplo, la despedida del guerrero y su mujer, de raigambre homérica). Vemos que vuelve sobre unos mismos temas (Roncesvalles, Olast, las Navas de Tolosa…) y con una misma intención: la exaltación de los hechos gloriosos de la historia patria mostrando aquellos ejemplos en los que ha sido necesario defender la «navarridad vascónica» frente a las amenazas exteriores. En efecto, aunque Cayuela no desdeña ampliar sus miras tratando también algunos temas castellanos o españoles, la mayoría de sus obras son una llamada de atención para despertar la conciencia del pueblo navarro en un momento en que su herencia cultural y su identidad foral vuelven a estar amenazadas. En este sentido, las derrotas de personajes caracterizados como déspotas y tiranos (Carlomagno, Abderramán, etc.) se presentan como ejemplo y advertencia para posibles imitadores actuales.

Todo eso, por lo que respecta a composiciones de tema histórico en verso. Pero además, en la tercera sección del libro *Cantos, romances y leyendas,* titulada «Trabajos literarios», figuran tres cuentos en prosa cuya acción se traslada a la antigüedad greco-latina: «La cabaña del Tíber. Episodio de la historia romana» (Sabrunio venga a la ciudad de Alba Longa, y la muerte de su padre Mecio, asesinando al rey de Roma, Tulo Hostilio); «El sueño de la Sabina» (cuenta el asesinato de Sexto Tarquino, que forzó a Lucrecia, y de su amada Régila, suceso vaticinado por la sibila Silvia); y «Kedinna» (presenta a una joven griega así llamada que llora la muerte de su amado Eliodoro en Síbaris, defendiendo la independencia patria). Este último relato, sin apenas diálogo, presenta un tono más lírico que los dos anteriores. En conjunto, estos tres cuentos de características románticas (exotismo espacio-temporal, escenas de crímenes y venganzas asociadas a una tempestad…) resultan interesantes por su novedad dentro del panorama que vengo esbozando. Les une a las otras

composiciones de Cayuela el tratar, en última instancia, del tema de la libertad de los pueblos, aunque con acciones referidas a otra época y a otro marco geográfico.

Por último, hay otras obras de Cayuela Pellizzari que desbordan el tema de este artículo: *Últimos arpegios* (1885), donde recoge dos nuevas composiciones poéticas premiadas, «La siega» y «La paz del hogar», sus novelas *Los mártires de la pobreza* y *El cuadro de la Madonna* o su biografía de *Lucio Junio Moderato Columela* (1888).

5.4. Otros autores

Lorenzo Gomeza Urqueta (Arguedas, 1769-?) es autor de *Pamplona restaurada. Cantos heroicos ilustrados con notas,* silva de tema histórico profusamente anotada compuesta en 1813 y reproducida en Tudela, Tipografía de *La Ribera de Navarra,* 1908.

Serafín Olave (Sevilla, 1831-Calahorra, 1884), político y militar de origen navarro, debe ser recordado por unas leyendas en verso que publicó en la *Revista Euskara* en 1878: «Nobleza navarra. Leyenda histórica» (el capitán Berrozpe, de Tudela, salva a una joven llamada Estela durante el violento saco de Roma, se enamoran y terminan casándose) y «El escudo de Navarra. Leyenda histórica» (una nueva glosa de la batalla de las Navas y la toma de las cadenas por Sancho el Fuerte, explicación legendaria del origen del escudo navarro).

Enrique Ochoa Cintora, abogado y diputado liberal conservador (Estella, 1848-1931), escribió *Batalla de las Navas de Tolosa,* que es un canto épico en 58 octavas reales; y *Sancho Ramírez. Leyenda relativa a la aparición de Nuestra Señora la Virgen del Puy* (Estella, Imprenta de Eloy Hugalde, 1885), en 19 octavillas[33].

Juan José García Velloso (?-Buenos Aires, 1907) podría ser traído a colación aquí por su composición «Las libertades comunales. Poema», que con otras odas y cantos forma el volumen *Hojas de laurel. Poesías* (Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de *El Correo Español,* 1881).

Por último, habría que recordar algunas composiciones poéticas de tema histórico o legendario de Francisca Sarasate –autora ya estudiada– incluidas en su *Cancionero aragonés* (Zaragoza, 1894): «La reconquista de Zaragoza», «Los mártires de Zaragoza. Santa Engracia», «El palacio de Azuda. Leyenda árabe», «Don Pedro IV el Ceremonioso», «Don Jaime el Conquistador», «Don Juan de Lanuza. El Justicia de Aragón», «Los sitios de Zaragoza», etc.

6. OTROS GÉNEROS LIMÍTROFES CON EL CUENTO

Entre los autores de «cuentos» podría mencionarse a Manuel Urbán y Arnedo (?-Tudela, 1898), periodista que utilizó el seudónimo *Claro Barquero.* Su *Rinconete y Cortadillo. Historia en forma de cuento que parece sainete en diferentes pebres, que darán algo que reír o llorar* (Tudela, Imprenta del

33. El tono narrativo de este tipo de obras puede apreciarse leyendo la primera estrofa de *Sancho Ramírez:* «Vestido de arnés brillante, / de todas armas armado, / sobre un alazán tostado / que al huracán deja atrás, / galopando en una vega, / seguido de su escudero, / caminaba el caballero / Don Ramiro de Bornás».

Diario de Avisos, 1890) es una sátira en verso del caciquismo reinante en los pueblos[34]. Este tipo de composiciones en verso (fábulas, apólogos…) se suelen presentar –dada la indeterminación genérica y, por ende, terminológica del siglo XIX– bajo el subtítulo de *cuentos,* aunque no lo sean en el sentido genérico en que hoy entendemos el término. Tales son también algunos poemas de Sarasate («Leyenda guipuzcoana», el «Cuento» de la Princesa) y de Cayuela Pellizzari («La mejor riqueza. Cuento oriental»).

Ya he señalado, sobre todo al hablar de Navarro Villoslada, que a lo largo del siglo XIX el cuento tuvo que ir deslindando sus características peculiares en un lento proceso que lo diferenciara de otros géneros afines, en particular del artículo costumbrista. En este sentido, podría apuntarse el nombre de José Yanguas y Miranda[35] (Tudela, 1782-Pamplona, 1863), como autor de un artículo del año 1842 en el que describe la celebración del Carnaval en la capital ribera[36]. Compara esa costumbre con la de la bajada del ángel y ofrece una descripción de los cipoteros o máscaras que salen disfrazados durante esos días por las calles, al tiempo que refiere alguna anécdota curiosa. También publicó en 1850, en el periódico *La Época,* otro artículo, «El candidato a Diputado a Cortes», en el que, en vez de una fiesta, retrata los rasgos característicos de un tipo peculiar.

Julio Altadill (Toledo, 1858-Pamplona, 1935), historiador y geógrafo que perteneció a la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra, recoge en su obra *Castillos medioevales de Nabarra* algunas leyendas relacionadas con ellos. No son versiones concebidas literariamente, pero sí desarrollan los mismos argumentos utilizados por otros autores. Por ejemplo, todo lo relativo a doña Ana de Velasco y la defensa del castillo de Marcilla, tema tratado en una leyenda de Navarro Villoslada[37].

Ramón Esparza e Iturralde –escritor navarro, aunque se ignoran datos concretos de su nacimiento– publicó *El ángel de Somorrostro. Episodios de la guerra civil* (Barcelona, 1877); y *En Navarra. Cosas de la guerra* (Madrid, 1895). Como explica el autor en unas palabras preliminares, se trata de «episodios históricos», cuadros tomados del natural ligeramente novelados.

La nómina de obras de características similares podría aumentarse considerablemente mencionando libros que recopilan anécdotas, chascarrillos, episodios locales, etc., como revela, por ejemplo, este título harto significativo: *Esbozos y moralejas, o colección de fruslerías, nimiedades y bagatelas de grueso espesor* (Pamplona, 1893), obra debida a Juan Pascual Esteban Chavarría (Fustiñana, 1864-Zaragoza, 1940). Pero tales trabajos quedan ya lejos del subgénero cuento, entendido en su estricto sentido literario, y puede hacer-

34. Nótese de nuevo el tono narrativo de estas piezas versificadas; el comienzo reza así: «Vivía yo en cierto pueblo / por castigo a mis pecados, / que debieron ser muy graves / por las penas que aun aguanto…»; y acaba: «Conque ya sabéis el cuento, / mis queridos tudelanos; / si la lección aprovecha, / lo daré por bien contado…». El colofón de la obra es «Fin del cuento».

35. Aunque más conocido por su faceta como historiador y archivero (sobre todo por su *Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra,* tres tomos, 1840 y *Adiciones* en 1843), entre su producción se cuentan obras literarias como *Vida del capitán D. Juan Lanas* (1845), novela de carácter histórico-realista, o el *Análisis apologético-crítico del juego llamado monte* (1854).

36. «Usos populares. El carnaval en Tudela. Los cipoteros», *Semanario Pintoresco Español,* 2.ª serie, tomo IV, 1842, pp. 47-48. Reproducido en *Pregón,* nº 7, 1946-1947.

37. Cfr. Julio Altadill, *Castillos medioevales de Nabarra,* tomo II, Zarauz, Editorial Itxaropena, s. a., pp. 178-85.

se gracia al ya asendereado lector de la prolija enumeración en estas líneas de más datos, nombres, títulos y años.

7. BREVÍSIMO APUNTE SOBRE EL CUENTO EN LAS PUBLICACIONES NAVARRAS DEL SIGLO XIX: LA REVISTA EUSKARA

Tampoco es mi intención, como ya apuntaba al principio, estudiar de forma exhaustiva la inclusión de cuentos en la prensa navarra, ni siquiera limitándome a las publicaciones periódicas de carácter más literario[38]. Tal estudio rebasa con creces los objetivos de este artículo, sobre todo si se tiene en cuenta que hasta determinados boletines o revistas de la propaganda católica, como *La Avalancha,* daban cabida en sus páginas a algunos relatos. No obstante, sí quisiera hacer mención particular de la *Revista Euskara,* portavoz de la Asociación Euskara de Navarra, que se publicó en Pamplona durante los años 1878-1883[39].

En esos seis años la revista da entrada a numerosas obras de autores navarros o no navarros, pero con unas mismas inquietudes todos; así, de Iturralde y Suit se publicaron: «Salquindaria. El traidor», «Los perros de Martín abade», «El puente de Miluce», «El ruiseñor de Errota-zuri»; de Campión, «Orreaga. Roncesvalles», «Gastón de Belsunce», «La visión de don Carlos», «Grachina», «La muerte de Oquendo»; de Olóriz, «Canto de Altobiscar», «Olast», «El mariscal don Pedro», «Las Navas de Tolosa», «Roncesvalles»; de Nicasio Landa, «Una visión en la niebla. Los guerreros euskaldunas» y «Los primeros cristianos de Pompeiópolis»; de Olave; «Nobleza navarra» y «El escudo de Navarra»; de Rafael Gaztelu, «Historia de un naranjo»; de Juan E. Delmas, «Un cuento de hadas. Los dos tamborileros»; de Vicente de Arana, «Los hijos de Amándarro»; la traducción por Campión de «La leyenda de Aitor», de Agustín Chaho, etc.

Muchas de las piezas que se reprodujeron en sus páginas ya habían sido publicadas con anterioridad o pertenecían a obras que pronto saldrían en volumen. De esta forma, la *Revista Euskara* constituyó un factor importante en la difusión de temas y estilos, ya que en ella se plasmaron las creaciones de los autores más importantes en un momento de efervescencia cultural y de «renacimiento» literario en los años inmediatamente posteriores a la derrota carlista y la subsiguiente ley de abolición de los Fueros vascos en 1876.

8. BALANCE FINAL

Hemos podido comprobar en este «Panorama del cuento literario navarro en el siglo XIX» –en cierto modo, un recorrido por buena parte de la historia literaria navarra de la pasada centuria– que no existe ningún autor que se haya dedicado exclusivamente al cultivo del cuento y que, por añadidura,

38. Puede consultarse el completo libro de Gabriel IMBULUZQUETA, *Periódicos navarros en el siglo XIX,* Pamplona, Gobierno de Navarra, 1993.

39. Cfr. GONZÁLEZ OLLÉ, «En torno a la *Revista Euskara»,* en *Introducción a la historia literaria de Navarra,* cit., pp. 185-90.

haya alcanzado una obra de notable perfección y calidad artística en ese terreno. No obstante, hemos podido espigar una veintena de nombres, algunos de ellos importantes en otros géneros literarios o en otras facetas de su actividad pública, que se acercaron al subgénero cuento, siquiera de modo esporádico. He tratado de mostrar con algún ejemplo cómo el cuento compartía ciertas características con otros géneros limítrofes, de los que irá diferenciándose poco a poco; y, aunque no he insistido en ello, hemos podido ver la indeterminación terminológica existente en la época, ya que los autores subtitulan sus relatos *cuento* (en prosa y en verso), *leyenda, tradición, leyenda tradicional, narración, episodio, balada, fantasía…*

En el caso de la historia literaria navarra, ese proceso –la marcha con carácter independiente del cuento– se vio ralentizado por el cultivo casi abusivo de la temática histórica y, en particular, de unos temas muy concretos y limitados que se repetían con machacona insistencia porque facilitaban la inclusión de un mensaje ideológico. Además, los autores contaban con el acicate del Certamen Literario del Ayuntamiento de Pamplona, que hacía prevalecer unos asuntos que, por lo reiterados, terminaron gastándose. En mi opinión, esa limitación argumental vino a perjudicar el normal desarrollo de este subgénero narrativo: en primer lugar, porque algunos escritores se limitaron a producir unas composiciones que eran, sí, narrativas, pero que estaban redactadas en verso; en segundo término, porque los que trataron esos temas en prosa hubieron de decantarse por el subgénero de la leyenda o la tradición histórica, en perjuicio del cuento entendido en el sentido estricto de 'relato corto que cuenta una historia ficticia'. En esos relatos entraba, en distintas proporciones, un elemento histórico que, cuanto mayor fuese, menos posibilidades brindaba al autor para desarrollar una fábula inventada, plenamente literaria[40]. De hecho, apenas existen relatos con argumentos de pura ficción: algunos títulos sueltos de Navarro Villoslada, los *Cuentos del vivac* de Federico Urrecha, los *Cuentos vascongados* de Francisca Sarasate… y poco más. Además de estos tres nombres –que merecen ser destacados junto con los de Iturralde y Suit y Campión, éstos por sus leyendas y tradiciones–, existen los de otros que llegan a alcanzar un número considerable; pero el dato cuantitativo apenas se corresponde aquí con los conceptos de originalidad y calidad literaria. En conjunto, no resulta, pues, un balance demasiado rico.

Habrá que esperar, por tanto, al siglo XX para encontrar escritores navarros (Antoñana, García Serrano, Saint-Martin, Sanjuán…) que dediquen mayor atención al cuento, ya porque este particular subgénero ocupe una parte destacada en el total de su producción narrativa, ya porque se acerquen a él con nuevas miras que supongan una renovación a la vez temática, técnico-estructural y estilística del mismo.

RESUMEN

Este artículo es una revisión del conjunto de los escritores navarros que, en la pasada centuria, cultivaron el subgénero cuento. Se estudian primero tres autores importantes relacionados con la *Asociación Euskara de Navarra*

40. Lo mismo sucede con el subgénero de la novela histórica, en el que el autor ha de calibrar con precisión los materiales históricos que acarrea para la construcción de su obra, sin pecar por exceso (novela arqueológica) ni por defecto (novela solamente pseudo-histórica).

(Navarro Villoslada, Iturralde y Suit y Campión); después, otros tres que publicaron colecciones de cuentos (Castillo Pérez de Ciriza, Urrecha y Sarasate); también los autores de narraciones históricas en prosa (Nicasio Landa, Mena y Sobrino, Górriz Moreda, Pérez Goyena) y en verso (Mencos, Olóriz, Cayuela ...); por último, la relación del cuento con otros subgéneros limítrofes y su presencia en las publicaciones periódicas. Los autores reseñados suman cerca de la veintena, aunque ninguno de ellos es un gran cuentista; además, el desarrollo del género se vio perjudicado por el tratamiento preferente de temas históricos y por la colisión con géneros limítrofes, como el artículo de costumbres.

ABSTRACT

This paper is a review of those of Navarrese writers which, during the past century, cultivated the short-story genre. Firstly are studied three important writers pertaining to *Asociación Euskara de Navarra* (Navarro Villoslada, Iturralde y Suit, Campión); after, other three writers which published their short-histories in volume (Castillo Pérez de Ciriza, Urrecha y Sarasate); the writers of historical stories in prose (Nicasio Landa, Mena y Sobrino, Górriz Moreda, Pérez Goyena) as well as in verse (Mencos, Olóriz, Cayuela ...); last, the relationship between short-story and other neighbouring genres and its presence in periodical publications. The whole of these writers is about twenty, but none of them is a great short-story writer; moreover, the development of this genre was damaged because of the preferential treatment of historical themes and the collision with neighbouring genres, for example the short-story of customs and manners.